

Aproximación al debate teórico en torno al concepto de trabajo productivo en perspectiva marxista

Approach to the theoretical debate around the concept of productive work in a Marxist perspective

Por: Juan Esteban García Osorio¹

Recibido: octubre de 2017 *Revisado:* noviembre de 2017 *Aceptado* diciembre de 2017

Resumen

A través de un primer rastreo bibliográfico se ahondará en el entendimiento y aprehensión de la categoría de trabajo productivo. De los hallazgos y elaboraciones teóricas alcanzadas por Marx, el trabajo productivo y el proceso de generación de plusvalía despiertan un particular interés que lleva a problematizar la relación de estos dos elementos, situándolos en el contexto actual que nos presenta la expansión y la consolidación del sector servicios, o la puesta en primer plano del sector terciario como impulsor de la economía a nivel global.

Palabras Clave. Trabajo productivo; plusvalía; capital; economía política.

Abstract

Through a first bibliographic search, the understanding and apprehension of the category of productive work will be deepened. From the findings and theoretical elaborations reached by Marx, the productive work and the process of generation of surplus value arouse a particular interest that leads to problematize the relationship of these two elements, placing them in the current context that presents the expansion and consolidation of the sector services, or the foreground of the tertiary sector as a driver of the global economy.

Key Words. Productive work; capital gain; capital; political economy.

¹Estudiante de Sociología.
Universidad de Antioquia.
Grupo de estudio Método
Marxista y Teoría Crítica
Radical. Medellín (Colombia).
Contacto:
juan.garcia37@udea.edu.co

Introducción

“(…) el ser obrero productivo no es precisamente una dicha, sino una desgracia”

K. Marx (1981, p. 426)

La crítica de la economía política, entendida como la síntesis de las fuentes integrantes del marxismo y como la gran apuesta teórica a la cual Marx dedicaría la mayor parte de su vida, quedó rigurosamente plasmada en su obra magna, *El Capital*. Esta crítica al sistema de producción capitalista, que da cuenta del cúmulo de relaciones sociales propias de la sociedad burguesa, nos revela de forma sistemática una cantidad significativa de hallazgos que marcaron un antes y un después en la forma de abordar, entender y criticar el modo imperante en que los hombres producen y reproducen su vida material desde la caída del Antiguo Régimen hasta nuestros días. Es válido aclarar que la forma en que hoy se manifiesta dicho sistema de relaciones de producción posee considerables diferencias de forma con la etapa histórica en la que Marx llevaría a cabo su trabajo de investigación, sin embargo, podríamos arriesgarnos de forma anticipada a afirmar que, en cuanto a diferencias de fondo, o sea, sustanciales y estructurales, estamos ante la misma sociedad capitalista diseccionada con gran destreza en el siglo XIX por el pensador alemán.

De los hallazgos y elaboraciones teóricas alcanzadas por Marx, el trabajo productivo y el proceso de generación de plusvalía despiertan un particular interés que lleva a problematizar la relación de estos dos elementos, situándolos en el contexto actual que nos presenta la expansión y la consolidación del sector

servicios, o la puesta en primer plano del sector terciario como impulsor de la economía a nivel global. Este fenómeno, en palabras de Callinicos (1998), se fundamenta en la idea - surgida en los años setentas- de una sociedad posindustrial en la que se da un tránsito de una producción de bienes materiales a una economía de servicios o bienes inmateriales fundamentada en la acumulación de capital cognitivo y en el desarrollo de innovaciones técnicas y tecnológicas, dando lugar a la emergencia de variadas formulaciones teóricas relacionadas con la llamada teoría del trabajo inmaterial (Moncayo, 2006). Estas teorizaciones declaran la muerte de la teoría del valor-trabajo -columna vertebral del acumulado teórico marxista- por su aparente incapacidad de dar cuenta del proceso de producción de plusvalía en la sociedad actual, donde el trabajo material del obrero manufacturero e industrial ha perdido su primacía frente a la producción de mercancías inmateriales y donde la confrontación entre clases ha quedado sin vigencia, pues ésta, aparentemente ha dejado de existir.

Con lo anterior, el problema planteado requiere claridad sobre unos mínimos básicos, entre esos, el entendimiento del proceso de producción de la plusvalía, pero fundamentalmente el entendimiento y aprehensión de la categoría de trabajo productivo, que a través de un primer rastreo bibliográfico nos reveló que ha sido fruto de un álgido y prolongado debate llevado a cabo por algunos teóricos marxistas de principios y mediados del siglo pasado, entre esos, I. Rubin (1980) y E. Mandel (1987), pero también retomado por estudiosos del marxismo más contemporáneos como D. Guerrero (1988). Para efectos de este escrito nos limitaremos a

hacer un acercamiento muy puntual al debate mencionado, tratando de dar cuenta de lo que se ha dicho respecto a la forma de entender el trabajo productivo y cómo la claridad teórica sobre éste puede aportar a una mirada crítica de la teoría del trabajo inmaterial.

Lo anterior, está aunado al objetivo futuro de plantear, en otro momento y lugar, una posición bien fundamentada respecto a los temas en cuestión, que vaya en concordancia con la apuesta de transformación radical del mundo que descansa en el corazón de la crítica marxista.

El trabajo productivo en la obra de Marx

Como primer paso para asumir este debate con un mínimo de rigor y sin desconocer la importancia de las definiciones acerca del trabajo productivo plasmadas en borradores y textos preliminares a *El Capital*, es pertinente acercarse a la definición que esboza Marx en la obra que representa su mayor nivel de madurez teórica, pues es ahí donde se puede apreciar la síntesis de su pensamiento y de su actividad científica. La cual, no está de más recordar, no renuncia nunca a la posibilidad de desentrañar científicamente las leyes y tendencias históricas que rigen internamente las determinaciones estructurales de la sociedad capitalista.

En *El Capital* nos encontramos entonces, con la necesidad de diferenciar la categoría en cuestión desde dos ópticas que el mismo Marx plantea. De un lado, desde el proceso simple de trabajo, en donde el trabajo productivo está condicionado por su resultado expresado en un producto concreto. Esta óptica ubica al trabajo productivo independiente de su forma social

histórica (Marx, 1981, p.133); no obstante, ésta no es una definición suficiente pues, el capitalismo como relación social reclama un análisis articulado de la producción.

Con lo anterior da cabida a la otra óptica que sí se ubica dentro del proceso de producción capitalista y sus formas de relacionamiento social, pues, es en éste donde el producto deja ya de ser

(...) fruto directo del productor individual para convertirse en un producto social, en el producto común de un obrero colectivo, [por lo tanto], para trabajar productivamente ya no es necesario tener una intervención manual directa en el trabajo; basta con ser órgano del obrero colectivo. (p.425)

Así, Marx nos expresa que la definición de trabajo productivo de la primera óptica sigue siendo aplicable para el obrero colectivo, pero ya no se cumple para cada uno de sus miembros, por tanto, la producción capitalista ya no es pues la simple creación de mercancías, sino que es, fundamentalmente, generación de plusvalía.

El concepto de trabajo productivo no es pues ya la simple relación entre el trabajador y el producto de su trabajo, “[...] sino que lleva además implícita una relación específicamente social e históricamente dada de producción” (p.426). Esta relación social queda más clara cuando Marx, a través de varios ejemplos particulares, nos plantea cómo ciertos trabajadores ‘inmateriales’ pueden ser trabajadores productivos si su trabajo está enfocado en reproducir el capital invertido del capitalista que lo emplea (Marx, 1981, p. 426), esto implica que el trabajo productivo se puede

distanciar de la órbita del trabajo material. En síntesis, no hablamos ya del trabajo simple, sino del trabajo inmerso en las lógicas y condicionantes del relacionamiento social capitalista, y, en consecuencia, tampoco hablamos ya de trabajo productivo como aquel que únicamente arroja concretos materiales, sino también de actividades productivas con resultados intangibles inmersas en relaciones de producción capitalistas.

Las perspectivas de Isaac Rubin y de Ernest Mandel

Las definiciones expuestas arriba han sido el insumo o punto de partida de posteriores análisis del trabajo productivo llevados a cabo por variados pensadores marxistas, es el caso de Rubin (1980), quien, a finales de la década del 20 del siglo pasado, partiendo de una profunda lectura de la obra de Marx, plantea dos premisas que guían su interpretación de la categoría en cuestión. Su planteamiento principal afirma que todo trabajo que el capitalista compra con la cantidad de dinero invertido en capital variable, con el fin de generar plusvalía, es trabajo productivo “independientemente de que este trabajo se materialice o no en objetos y de que sea o no objetivamente necesario o útil para el proceso social de producción” (p. 316); y adicionalmente, que todo aquel trabajo que el capitalista no intercambia por su capital variable no es productivo desde la óptica de la producción capitalista, “aunque este trabajo pueda ser objetivamente útil y pueda materializarse en artículos de consumo que satisfagan necesidades humanas de subsistencia” (p. 317).

Esta exposición de Rubin puede generar la

sensación de ser contradictoria, pues sería paradójico que, por ejemplo, el trabajo de un profesor se considere productivo pero el de un zapatero no; sin embargo, su justificación está fundamentada en que el trabajo, según Marx, se considera productivo o improductivo no desde el punto de vista de su contenido, o sea, desde su resultado como un objeto material, sino “desde el punto de vista de la forma social de su organización, de su compatibilidad con las relaciones sociales de producción que caracterizan al orden económico dado de la sociedad” (p. 318), es decir, con las relaciones sociales de producción capitalistas. Por eso —a decir de Rubin— el trabajo del zapatero es improductivo si no está en función de la producción de plusvalía y del acrecentamiento del capital, y del mismo modo sucede con el profesor, quien realiza trabajo productivo si está en función de la generación de trabajo excedente y la extracción de plusvalía que impulse el robustecimiento del capital.

La exposición desarrollada por Rubin tiene su aporte más significativo en lo que se desprende de la siguiente afirmación: “Por consiguiente, [para Marx], sólo el trabajo organizado sobre principios capitalistas y, por ende, incluido en el sistema de producción capitalista es trabajo productivo” (Rubin, 1980, p. 320). Esa afirmación abre la puerta para plantear un cuestionamiento que considero de crucial importancia en relación con lo que se ha venido exponiendo: ¿Cómo se explica entonces que, trabajos inmersos en la forma de relación social capitalista, pagados bajo la forma de trabajo asalariado, se configuren según Marx como trabajo improductivo? Por ejemplo: el caso de vendedores y comerciantes inmersos en una empresa comercial capitalista ¿Esto acaso no es una contradicción en la definición definitiva de

trabajo productivo (entendida dentro de la forma social y ya no por el contenido material) planteada por Marx? Ante esto Rubin mostrará que dicha contradicción no tiene cabida si se sigue el desarrollo lógico que Marx expone en Historia crítica de la teoría de la Plusvalía y en los tomos II y III de El Capital. La solución a dicha aparente contradicción es resuelta explicando que cuando Marx habla en estas obras de trabajo productivo, lo está haciendo partiendo de su teoría de 'La metamorfosis del capital y su ciclo', en esta, se determina que el capital pasa por tres etapas en su proceso de reproducción: capital-dinero, capital productivo y capital-mercancías.

Las fases primera y tercera representan el proceso de circulación del capital y la fase segunda el proceso de producción del capital, así queda claro entonces que, para Marx, su definición de trabajo productivo está completamente ligada a la etapa del capital productivo y, por consiguiente, con el proceso de producción capitalista. Esto justifica el hecho de tomar la producción de capital y la circulación de capital como independientes (aunque al mismo tiempo no pierda de vista su unidad) para así establecer la distinción "entre el trabajo alquilado por el capital productivo, o más precisamente por el capital en la fase de producción, y el trabajo alquilado por el capital-mercancías y el capital dinero, o más precisamente, el capital en la fase de circulación" (p. 325). Queda claro entonces que, sólo es trabajo productivo el trabajo intercambiado por el capital productivo. En síntesis, el trabajo productivo es aquel que, organizado en las formas sociales del proceso de producción capitalista, es intercambiado por el capital productivo, es decir, capital en la fase de producción. Esto dejaría por fuera de lo

productivo los trabajos que también se organizan bajo formas sociales capitalistas pero que son intercambiados por el capital en la fase de circulación, pues en últimas, esta fase es realmente la que se encarga de la transferencia del derecho de propiedad que se da entre consumidores y vendedores, y no aporta bajo ningún aspecto al proceso de valorización del capital.

No está de más aclarar que dentro de lo que Marx denomina funciones reales de la fase de producción, algunas pueden quedar inmersas en la fase de circulación, sin embargo, eso no hace que dejen de ser productivas. Es el caso del transporte, embalaje, almacenamiento y conservación de las mercancías, esto se refleja en que "el trabajo contratado por el capital en la fase de producción y el contratado en la fase de circulación son igualmente necesarios, pero Marx sólo considera productivo al primero" (p. 330). Con lo anterior, por un lado, queda resuelta la aparente contradicción de la definición esbozada por Marx, y por otro, queda sintetizada la exposición de Rubin en torno al concepto de trabajo productivo, o lo que para él hubiese sido menos problemático si Marx lo hubiera denominado "trabajo de producción".

Pasando ahora a esbozar la posición de Mandel (1987), nos ubicamos en su obra *El capitalismo tardío* publicada en 1972, exactamente en el capítulo dedicado a analizar la expansión del sector servicios y la sociedad de consumo. Aquí deja clara su posición frente al concepto de trabajo productivo. Adelantándonos un poco, podemos afirmar que su perspectiva posee divergencias muy fuertes con la exposición de Rubin. En un primer momento, su hipótesis explicativa del auge y crecimiento de la

economía de servicios, especialmente después de la primera mitad del siglo XX, es bastante valiosa, y podrá ser de insumo para cuestiones posteriores de este escrito. Por el momento nos interesa dejar clara su postura frente a lo que considera trabajo productivo e improductivo.

Las divergencias de Mandel (1987) se marcan cuando considera que no por el hecho de que las actividades de servicios estén organizadas como un negocio capitalista y se realicen bajo la forma del trabajo asalariado implica entonces que éstas se configuren como trabajo productivo. Para sustentar su exposición argumenta que su intención va en concordancia con la iniciativa de Marx de establecer una línea divisoria precisa entre el capital productivo y el capital circulante en conjunto con las actividades de servicios. Ante esto, afirma que dicha línea separa

(...) el trabajo asalariado que incrementa, cambia o conserva un valor de uso, o es indispensable para su realización, y el trabajo asalariado que no afecta a un valor de uso, es decir, a la forma física de una mercancía, sino que meramente se suscita de las necesidades específicas en cuestión; es decir, alterando (como opuesto a creando) la forma de un valor de cambio. (p. 369)

Esta consideración nos lleva a pensar que Mandel, partiendo de su interpretación de la obra de Marx, no se desliga de entender el trabajo productivo ligado a su contenido material, es decir, a su manifestación como un producto concreto, y es en ese sentido que, aparentemente, estaría dejando de lado la consideración de Marx en el Tomo I que más arriba expusimos: entender el trabajo productivo más allá de la limitada

representación material para considerarlo dentro de su forma social particular, representada en el entramado de relaciones de producción de la sociedad capitalista.

Esta posición de Mandel podría parecer algo trivial, empero, no se limita a hacer un recuento de citas de Marx a lo largo de los Tomos de El Capital (en especial el Tomo II) para validar su argumento; por el contrario, postula algunas ideas que podemos considerar bastante valiosas y esclarecedoras.

Por un lado, expone cómo la sobrecapitalización o la incapacidad de llevar a cabo el proceso de valorización, sobre todo el capital fruto del proceso productivo, conlleva a la existencia de capitales ociosos o al desperdicio de valores materiales (p. 393) que en últimas terminan impulsando al capitalista a fomentar el crecimiento del sector servicios con el fin de reducir el tiempo de rotación del capital productivo circulante. Sin embargo, aunque esta expansión del sector servicios sea una especie de mal menor para el capitalismo - pues es preferible a la existencia de capitales ociosos-, Mandel es agudo al resaltar que dichas actividades de servicios “no hacen nada directamente para aumentar la masa total de plusvalía”, revelando así, que “la lógica del capitalismo tardío conduce necesariamente a convertir el capital ocioso en capital de servicios y simultáneamente a remplazar el capital de servicios por capital productivo, en otras palabras, servicios por mercancías” (p. 396).

Con lo anterior, entendemos que para Mandel, “el ulterior desarrollo del sector de los servicios no puede hacer descender la composición orgánica social media del capital, y con ello

engendrar una tendencia al aumento de la tasa media de ganancia” (p. 397). En otras palabras, la parte del total de la plusvalía social que va a parar al sector servicios no es una nueva cantidad de plusvalía creada por dicho sector, sino una deducción a la que crea el capital productivo o el capital industrial. Entonces, si bien es cierto que para todo capitalista individual el trabajo asalariado del sector servicios -incluido el de la fase de circulación- es productivo, puesto que le permite enajenar plusvalía, esta será una apropiación relativa, extraída de la plusvalía social general (o absoluta) que sólo genera el capital productivo en la fase de producción de mercancías.

Este breve esbozo del argumento de Mandel tiene cierto carácter novedoso, pues no se estaría negando la productividad en términos relativos del sector servicios para el capitalista “aislado”, pero sí sería clara la idea de que dicha productividad no sería más que una apropiación de plusvalía generada en el sector productivo representado en las grandes industrias y como tal en el trabajo material. Concretamente, el capitalista industrial cedería parte de su plusvalía al capitalista comercial para potenciar el movimiento productivo y en últimas garantizar la obtención de ganancia a través de la explotación de la mercancía fuerza de trabajo.

Esta es entonces, de forma bastante simplificada, la posición de Mandel frente a lo que él considera trabajo productivo en la obra de Marx. A simple vista nos plantea grandes divergencias con la exposición de Rubin, y es debido a estas divergencias que el complejo y extenso debate se ha mantenido vigente hasta nuestros días. En el siguiente punto nos acercaremos a análisis un poco más

contemporáneo.

Una lectura más ‘actual’

Después de esbozar de forma bastante concreta las ideas en torno al trabajo productivo de Marx y de dos marxistas bastante rigurosos, podemos dar cabida a aportaciones relativamente más recientes al debate. Guerrero (1988), en su tesis doctoral titulada “Acumulación de capital, distribución de la renta y crisis de rentabilidad en España (1954-1987)” dedicará todo un vasto capítulo a la compleja tarea de intentar resolver las dificultades y confusiones que se han suscitado respecto a la teoría del trabajo productivo, tomando como premisa la afirmación de que el trabajo productivo en la obra de Marx, contrario a lo que han dicho detractores del marxismo y muchos marxistas, “es una teoría multifacética pero totalmente homogénea y coherente” (p. 103).

Inicialmente su exposición está ligada a dar validez y vigencia a las tesis de Rubin (1980). Para Guerrero, es sumamente valioso que el autor soviético hubiese tenido la lucidez de hacer una lectura tan coherente de la obra de Marx sin haber tenido la posibilidad de conocer los Grundrisse y el Capítulo VI (inédito) del Tomo I de El Capital, en los cuales Marx da más pinceladas para su teoría del trabajo productivo.

Teniendo en cuenta lo anterior, es entendible por qué Guerrero considera que Marx centra el problema de forma precisa cuando deja claro que lo realmente importante es entender qué es el trabajo productivo en el capitalismo, “es decir, definir el trabajo específicamente productivo desde el punto de vista capitalista,

[y esto] se logra descartando el cuestionamiento por el trabajo productivo en general, en todas las épocas históricas, independientemente de las relaciones sociales concretas” (p. 105). Como se ve, opta por entender el trabajo y su magnitud, inmerso en las relaciones capitalistas de producción. Esto no es más que dar primacía a la forma social y no al contenido representado en un producto concreto, nada alejado de la lectura de Rubin. Hasta aquí podríamos pensar que no hay nada nuevo en lo que expone Guerrero; sin embargo, su novedoso aporte se centra en definir cuatro grupos de autores según la afinidad o rechazo de éstos hacia lo que Marx, en el capítulo VI (inédito), llamaría el capricho de definir el trabajo productivo e improductivo según su contenido material.

En este punto es necesario aclarar que no es de nuestro interés tratar el tema con la profundidad y notable rigurosidad que lo hace Guerrero (1988), por ello, se dejarán simplemente referidos los autores abordados según su agrupamiento. Así, en los tres primeros grupos, afines a dicha ‘manía’ o ‘capricho’, se pueden encontrar en primer lugar una variada cantidad de autores no marxistas que critican las premisas y la forma en que se aborda el problema del trabajo productivo en clave marxista, es el caso de Joan Robinson o H. B. Davis, quienes de entrada niegan la teoría del valor desarrollada por Marx. En segundo y tercer lugar están aquellos teóricos marxistas que comparten el hábito por definir la productividad o improductividad del trabajo por su contenido material representando en un concreto, es el caso de N. Poulantzas, J. Nagels, P. Mattick, E. Mandel (a quien si retomaremos a continuación con el fin de contrastar críticamente); también están incluidos con

tintes neo-ricardianos P. Baran y P. Sweezy, entre otros; y finalmente en cuarto lugar, están los que para Guerrero sí hacen un correcto planteamiento del problema, pues parten de la crítica demoledora que Marx hace a Smith, con la cual se acaba desmarcando de la lectura fetichizada de los economistas clásicos que parten de la materialidad de la mercancía para determinar el carácter productivo o improductivo del trabajo. En este grupo ubica a autores no marxistas como Abram Harris, Paul Studenski, Vaclav Holesovsky; y dentro de la línea de interpretación marxista al ya arduamente mencionado Isaac Rubin, también a David Rosenberg, a Sidney Coontz, entre otros. Sin embargo, Guerrero dirá que “la aportación más completa en este campo es, sin lugar a duda, la de la autora húngara Anna Burger, cuyo ‘Economic Problems of Consumers Services’ (1970) sigue siendo una obra desconocida por el resto de los autores mencionados” (p. 143).

Retomando lo expuesto anteriormente por Mandel, tenemos que, si bien el trabajo realizado por un asalariado del sector servicios puede ser productivo en términos relativos para el capitalista individual, esto no representa más que la apropiación de parte de la masa de plusvalía global generada por el trabajo productivo representado en la producción industrial. Esto quiere decir que dicho trabajo relativamente productivo -para Mandel- no implica crecimiento alguno de la masa total de plusvalía, lo cual haría improductivo al sector servicios, quedando igualado en su totalidad con el sector financiero y comercial, los cuales, para Marx, efectivamente, sí son improductivos. Ante esto Guerrero indicará que, contrario a lo que piensa Mandel, el sector de los servicios privados capitalistas sí hace

aumentar la masa total de la plusvalía social, desligándolo así del trabajo de la circulación real, lo que va acorde a las tesis de Rubin (1980). Guerrero (1988), contraargumentando la posición de Mandel, cita a Burger (1970) afirmando que ésta

(...) ha demostrado que las empresas de servicios lo que venden son mercancías – mercancías capitalistas, si son el producto de trabajo organizado de forma capitalista y llevado a cabo por asalariados”–, a cambio de un precio, y que este precio les permite realizar íntegramente el valor total incorporado a dichas mercancías y, en consecuencia, también esa parte del valor que es el plusvalor. Por tanto, dicho plusvalor está perfectamente disponible para la acumulación capitalista, ya sea dentro o fuera de la rama, pero, en cualquier caso, exactamente igual que en el caso de una empresa industrial o agraria. (p. 113)

Con lo anterior, Guerrero (1990) expresa que la visión coherente del trabajo productivo, en concordancia con Marx, parte dar primacía al criterio social y estructural dentro del que se enmarca la actividad productiva, o sea, las relaciones sociales de producción capitalistas. Esto es trascender de la limitada visión de ver la mercancía como un mero producto tangible, para verla como un valor de uso material o inmaterial reducido a valor de cambio a través de las relaciones mercantiles propias de la sociedad burguesa. En ese sentido, la correcta distinción teórica del concepto tiene gran importancia práctica, ya que sin la correcta delimitación de “[...] la extensión del trabajo productivo en cualquier país no puede cuantificarse la magnitud de la renta nacional que en él se crea, ni tampoco la cuantía del

capital variable global adelantado, así como tampoco, consecuentemente, la masa de plusvalía generada” (p. 127).

Finalmente, con lo expuesto en este punto, sin duda alguna, vemos que la lectura de Guerrero refuerza la perspectiva plasmada por Rubin, pero no sólo eso, dejamos también una aproximación bastante amplia del debate en torno al concepto de trabajo productivo, mostrando las convergencias y divergencias más relevantes. Esto nos sirve para encarar en el próximo punto de forma superficial, concisa y sin grandes pretensiones, la discusión con la teoría inmaterial del trabajo y el concepto de postindustrialismo.

Aproximación a la teoría del trabajo inmaterial y el postindustrialismo

La teoría del trabajo inmaterial tiene a Antonio Negri como uno de sus representantes más sobresalientes, y es en sus obras en conjunto con Michael Hardt donde se desarrolla su postura a profundidad. Según Amorim (2009), Negri toma como base de su argumentación el concepto de “individuo social” de Marx, el cual es desarrollado por éste en los Grundrisse, específicamente en el pasaje titulado “Sobre las máquinas”. En dicho apartado, como lo expresa Moncayo (2006), se expone la forma en que se pasa de la subsunción formal del trabajo al capital -donde es posible distinguir la composición orgánica del capital, la fuerza de trabajo y el proceso de valorización, y por lo tanto la cuantificación de la explotación-, a la subsunción real del trabajo al capital, forzado por el proceso histórico del maquinismo y de la automatización de la producción; así, “[...] la actividad del trabajador queda reducida a un pura abstracción, determinada por el

movimiento del conjunto de máquinas, gracias a que la ciencia ha convertido los elementos inanes de las máquinas en autómatas útiles” (p. 235).

Sumando a esto, Moncayo deja esbozados de forma sintética el resto de los argumentos que Negri retoma de Marx y que este último expone en los Grundrisse de la siguiente forma: **1)** el proceso de producción cesa de ser un proceso en el cual la unidad dominante es el trabajo, se desplaza el trabajo vivo por el trabajo de la maquinaria viva, esto implica que el trabajo objetivado pasa de ser la simple apropiación del trabajo para convertirse en la potencia dominante, se erige entonces, como la fuerza productiva misma; **2)** la ciencia se manifiesta en las máquinas y el proceso de producción se convierte por ello en una aplicación tecnológica de la ciencia, así se queda relegada la habilidad del obrero en el ámbito productivo; **3)** el trabajo inmediato y su cantidad dejan de ser el elemento determinante de la producción, quedando subordinado por la actividad científica y la aplicación tecnológica; **4)** con la premisa anterior se plantea entonces, que la producción de valor se desprende del trabajo inmediato, pues cada vez más la creación de riquezas depende de la potencia tecnológica y no del tiempo de trabajo necesario; **5)** finalmente, el trabajo excedente deja de ser el fundamento de la riqueza y la explotación. Con lo anterior, Moncayo (2006), respaldando el argumento de Negri, piensa que los postulados de Marx no son “una anticipación a una realidad capitalista posterior” (p. 238), sino la conceptualización de la realidad que estaba ante los ojos de Marx, y es que a pesar de estas claridades, “los procesos laborales continuaron asignando un papel central a ese trabajo inmediato bajo el esquema salarial directo e

indirecto” (p. 236), permitiendo la continua divagación alrededor de la teoría del valor y la emergencia de debates, como el del trabajo productivo e improductivo, que sólo han aportado a ocultar la realidad en vez de develarla.

En consonancia con lo anterior, podemos afirmar que el desarrollo tecnológico, la computarización de la producción, el crecimiento de la automatización, la simulación de las actividades y operaciones realizadas por obreros a través de procesos informáticos son la base de la teoría del trabajo inmaterial y el impulso de la sociedad postindustrial. El trabajo de esta nueva época es el trabajo “disperso y difuso, que no trabaja sobre elementos concretos, que es en lo principal de carácter comunicativo, creativo, innovativo y cooperativo, y cuyo único instrumento de trabajo es el cerebro de quienes lo despliegan” (Moncayo, 2006, p. 244). En consecuencia, lo anterior representa para Amorim (2009) el reconocimiento de la producción inmaterial como el conjunto de criterios que compondrían al sujeto y la lucha política de la sociedad postindustrial, la cual es la señal que determina la superación de la producción de valor que, a consideración nuestra, es un factor determinante y estructural, desde la teoría marxista, para el sistema capitalista de producción.

Consideraciones finales

Después de este modesto acercamiento a la teoría del trabajo inmaterial y al concepto de postindustrialismo, se hace necesario plantear algunas aproximaciones críticas, recogiendo parcialmente el debate abordado a lo largo del texto.

Para empezar, el relato de la sociedad postindustrial y la era del capital del conocimiento muestran de entrada ciertas cuestiones contradictorias. Callinicos (1998) plantea que, si bien se ha dado una aparente desindustrialización de grandes potencias económicas como Gran Bretaña y Estados Unidos a partir de la segunda mitad del siglo XX, esto ha estado acompañado de la emergencia de nuevos países industrializados del Tercer Mundo, como es el caso de Turquía, Egipto, Tanzania, Brasil, Perú, entre otros. De la misma forma, la industrialización ha potenciado de forma contundente el crecimiento de países como Corea del Sur y China. Esto nos muestra que el accionar del capital juega con la división global del trabajo, ubicando estratégicamente la producción de sus diversas mercancías tangibles o intangibles de acuerdo con dinámicas políticas, geográficas y espaciales. Adicionalmente, el hecho de “[...] que menos personas estén empleadas en la producción material no modifica en manera alguna el hecho de que nadie puede sobrevivir sin los bienes industriales fabricados por estas personas” (p. 242). El argumento anterior va en consonancia con la exposición de Mandel (1987) quien considera que lejos de representar una sociedad post-industrial, el capitalismo tardío constituye la industrialización universal generalizada por primera vez en la historia. La mecanización, la superespecialización y la parcelación del trabajo, que en el pasado determinó sólo el dominio de la producción de mercancías en la industria propiamente dicha, penetra ahora en todos los sectores de la vida social (p. 378).

Para Mandel, resulta evidente que una sociedad donde no hay trabajo vivo en la industria por la

automatización (dejando de lado el debate, por cuestiones de espacio, de la imposibilidad de la plena robotización) y solo el trabajo cognitivo, inmaterial y de servicios constituyen las fuentes de empleo, haría “difícil comprender por qué las masas, que tendrían asegurado su nivel de vida habrían de alquilar su fuerza de trabajo en empresas de servicios” (p. 397), en este caso no estaríamos hablando ya de una sociedad capitalista. No es pues deseable ni posible para el capitalismo llegar al punto en que la creación de valores de uso materiales sea en su totalidad realizado por máquinas.

Con lo anterior, podemos afirmar que lo planteado por Marx en dicho capítulo de los Grundrisse, no está del todo equivocado, pues tendencialmente ese parece ser el camino del capitalismo, sin embargo, afirmar que, a partir de la segunda parte del siglo XX hasta nuestros días, dichas previsiones están cumpliéndose a cabalidad, como lo plantean los teóricos del trabajo inmaterial y el postindustrialismo, carece de sustento empírico y de concordancia con la realidad global.

Finalmente, apuntando quizás a una crítica más sustantiva, consideramos que dicha concepción que ve superado el trabajo industrial y ubica al trabajo inmaterial y cognitivo como el determinante de la forma actual en que se produce y reproduce la vida en sociedad, al parecer decreta también el fin de la creación de valor a través del trabajo como elemento estructural de la sociedad capitalista burguesa; sin embargo, si tomamos como referente la exposición del trabajo productivo asociado a su recubrimiento o forma social capitalista y no únicamente a su contenido, teniendo en cuenta, además, que la reproducción de capital se da,

fundamentalmente, en la fase de producción capitalista, y por ende todas las actividades que se enmarcan en dicha fase son creadoras de valor y productivas más allá de la forma material o inmaterial que tengan las mercancías que producen, entonces, la teoría del trabajo inmaterial tendría poco de novedoso, y en ningún momento dejaría sin piso la teoría del valor y la dinámica de extracción de plusvalía inherente al capitalismo. Pues, aunque las actividades de la fase ‘postindustrial’, inmateriales y potencialmente cognitivas, no posean en apariencia las dos formas que reviste el trabajo sometido al capital, efectivamente siguen siendo generadoras de valores de uso y generadoras de valor por ser consideradas también como trabajo abstracto.

Desde nuestra perspectiva, no sería posible divorciar el trabajo productivo por su forma material o inmaterial, pues el sostenimiento y el ‘normal’ funcionamiento de la sociedad capitalista sigue dependiendo ineludiblemente del trabajo humano en cualquiera de sus facetas, sea produciendo mercancías materiales o mercancías intangibles, pues, si bien en nuestros tiempos los servicios o mercancías inmateriales pareciera que tienen una total independencia por ser fuente también de acumulación de plusvalía, no pueden jamás renunciar a su relación de interdependencia con el trabajo material-industrial que se realiza en las ciudades o en el campo.

En ese sentido, apostar por una teoría que postula que el trabajo humano ha sido desplazado por el aparente predominio de la producción automatizada e inmaterial, creyendo además que el trabajo humano intangible y cognitivo en la sociedad capitalista

no posee, de cierta forma, características de fondo similares al trabajo productivo que genera mercancías materiales, es poco útil para vislumbrar la posibilidad de una sociedad radicalmente distinta, donde la salida no sean las falsas reconciliaciones entre clases y la supuesta e inevitable socialización y superación del capitalismo a través del saber y la información, sino que se ponga realmente en duda, como lo afirma Jappe (2013), “las categorías centrales de la sociedad capitalista, es decir la mercancía, el valor, el trabajo abstracto y el dinero”, y más allá de la puesta en duda, que se piense y realice su destrucción.

Este breve acercamiento a la obra de Marx y a algunas elaboraciones teóricas posteriores, deja en evidencia la vigencia de los debates que aún se suscitan alrededor de esta amplia concepción de mundo, y no solo eso, también se hace visible la potencialidad y el valor práxico que posee dicha concepción para el quehacer de las ciencias sociales, o al menos para aquellas que se piensa la transformación radical de la sociedad y la superación total de las relaciones sociales capitalistas que determinan la forma de vida actual. Si bien este escrito no posee nada de heurístico o novedoso, si tiene la intención de retroalimentarse de los debates de los que da cuenta, para posteriormente aportar a la formulación de análisis más amplios que permitan trazar caminos de praxis transformadora y radical.

Referencias bibliográficas

- Amorim, H. (2009). Clases sociales y trabajo inmaterial. Recuperado el 22 de mayo de 2017 de: www.herramienta.com.ar/herramienta-web-8/clases-sociales-y-trabajo-inmaterial
- Callinicos, A. (1998). *Contra el postmodernismo: Una crítica marxista*. Bogotá: El Ancora Editores.
- Guerrero, D. (1988). Acumulación de capital, distribución de la renta y crisis de rentabilidad en España (1954-1987). Universidad Complutense de Madrid. Recuperado el 22 de mayo de 2017 de: www.marxismocritico.com/2011/10/05/la-teoria-del-trabajo-productivo-e-improductivo-diego-guerrero/
- Guerrero, D. (1990). Cuestiones polémicas en torno a la teoría marxista del trabajo Productivo. *Política y sociedad*. Número 5. (pp. 119-130). Madrid.
- Jappe, A. (2013). ¿Trabajo abstracto o trabajo inmaterial? Recuperado el 22 de mayo de 2017 de: www.marxismocritico.com/2016/10/03/trabajo-abstracto-o-trabajo-inmaterial/
- Marx, C. (1981). *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Mandel, E. (1987). *El capitalismo tardío*. México: Era.
- Moncayo, V. (2006). El trabajo y la explotación capitalista hoy. En Estrada, J. (Ed). *Marx vive. Teoría y acción política en el capitalismo actual* (pp. 227-260). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rubin, I. (1980). *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. México: Ediciones pasado y presente.